

49-2

29/100

2918



NÚMERO 809

1.º DE ENERO DE 1915

B. 3.29

XXXII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Deseosos de complacer a nuestras suscriptoras a EL SALÓN DE LA MODA y atendiendo a las indicaciones que gran número de ellas nos han hecho en distintas ocasiones, hemos resuelto suprimir, a partir de este número, la hoja de patrones impresos que dábamos en papel de color, y sustituirla por patrones recortados en papel especial.

En lo sucesivo, pues, repartiremos a nuestras suscriptoras, en cada número, uno de estos patrones, y no dudamos de que esta mejora que introducimos en nuestra publicación será vista con agrado, por cuanto ha de facilitar grandemente los trabajos de confección de toda clase de prendas.



1 a 3.—Trajes de paseo



4 y 5.—Delantales fantasía para niñas

SUMARIO

TEXTO. — Explicación del suplemento. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — Psicología de la vanidad. — Pensamientos. — Ante la Vida. — Oliverio Twist, novela de Carlos Dickens. — Crónica de teatros. — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 a 3. Trajes de paseo. — 4 y 5. Delantales fantasía para niñas. — 6 a 8. Lencería para niñas. — 9 a 17. Novedades de la estación: chaquetas largas y faldas tónicas. — 18 a 22. Trajes de visita. — 23 y 24. Capa con chaqueta.

EXPLICACIÓN DEL SUPLEMENTO

FIGURÍN ILUMINADO. — En la *Côte d'Azur*.

1. *Traje sastré*, de lanilla a cuadritos, guarnecido de bieses de seda negra; chaqueta recta con largo faldón plegado y faja anudada delante.

2. *Traje sastré*, de paño color de cobre; falda plegada por grupos; chaqueta con pliegues adornados de trencilla gruesa; cuello de raso negro.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 a 3. TRAJES DE PASEO.

I. *Traje* de tejido fantasía, color beige muy claro con listas más oscuras, trencilla y bieses de terciopelo color castaño claro; falda con canesú; corpiño abotonado delante; cuello de linón calado.

II. *Traje* de terciopelo negro, adornado con bieses de raso negro; falda de doble túnica; chaqueta con faldones de frac; cuello y solapas de raso negro; encaje de Malinas en el escote.

III. *Traje sastré*, de gruesa jerga azul oscuro; mangas con anchas entradas; faja alta y larga; túnica montada a pliegues; cuello de zorro gris.

4 y 5. DELANTALES FANTASÍA PARA NIÑAS.

Nuestras señoritas, verdaderas flores vivientes, deben ir vestidas con tanto cuidado en el interior del hogar como para el paseo; así hemos de ingeniarnos para encontrar siempre vestidos graciosos. Ofrecemos hoy a nuestras lectoras dos lindos modelos de delantales, que presentan la doble ventaja de proteger los vestidos y de sentar bien a nuestras pequeñas.

I. *Delantal* de batista blanca, adornado de plieguecitos y entredoses de valenciennes y volante alto fruncido.

II. *Delantal* de percal fino, forma Imperio, adornado de entredoses de bordado inglés y de tiras de plieguecitos.

6 a 8. LENCERÍA PARA NIÑAS.

I. *Camisa* de linón, abotonada en el hombro y festoneada en el escote y las mangas; dobladillo calado.

II. *Traje interior* de percal blanco, adornado de festón y alto volante plegado.

III. *Pantalón* de niña, adornado con un volante de bordado inglés y entredós de encaje Cluny.

9 a 17. NOVEDADES DE LA ESTACIÓN.

Durante esta estación hemos visto aparecer una silueta del todo nueva. Tras de las formas extremadamente estrechas en las caderas y en el bajo de la falda, vemos aparecer las cha-

quetas con largos faldones en forma, las faldas con una o dos túnicas, y he aquí a nuestras elegantes totalmente transformadas. La falda permanece estrecha; sin embargo, es lo suficientemente ancha para no estorbar el andar.

I. *Abrigo de viaje*, de paño fantasía gris azulado, grandes solapas de la misma tela y cuello de piel de seda negra; cinturón alto, plano, y bolsillos.

II. *Abrigo* forma kimono, de paño color caqui oscuro; cuello y vueltas de mangas de la misma tela; pata formando cinturón; botones de *corosot*.

III. *Chaqueta larga*, de paño de seda color azul marino; gran faldón añadido, muy en forma; cuello y vueltas de mangas de terciopelo negro.

IV. *Chaqueta larga*, de casimir de seda color cobre, con grandes faldones a pliegues, cruzada y cerrada al lado; cuello y vueltas de mangas de la misma tela; bolsillitos.

V. *Traje* de liberty beige claro; falda estrecha; cintura alta; cuello y vueltas de mangas de liberty azul rey; pequeño escote de encaje blanco.

VI. *Falda* de jerga fina; capa de pliegues anchos, con pequeño canesú partiendo del lado con bolsillo. Bies de raso negro en el bajo de la falda.

VII. *Falda* de casimir color tabaco, guarnecida de dos volantes altos y pequeño canesú abotonado delante.

VIII. *Falda* de lana gruesa, obscura, con larga túnica fruncida en la cintura y guarnecida con dos bandas de lanilla a cuadritos negros y blancos.

IX. *Falda* de paño color topo, con larga túnica en forma, montada en un pequeño canesú que forma pata delante.

18 a 22. TRAJES DE VISITA.

I. *Traje* de terciopelo a cuadritos negros y blancos; blusa kimono y falda con larga túnica en forma, montada a un canesú; faja ancha, drapeada, de terciopelo negro; ancha banda de terciopelo negro rodeando la túnica.

II. *Traje* de jerga color azul eléctrico, con larga túnica fruncida; bieses de raso negro; en el escote, cuello fichú de linón blanco.

III. *Traje* de jerga de seda color gris humo; falda ligeramente drapeada en la parte delantera; pequeña chaqueta ancha, sin mangas; debajo, una blusa de encaje color amarillo de ocre; faja alta, drapeada, y cuello de liberty negro.

IV. *Traje* de gabardina listada; doble túnica bordeada de zorro; cuerpo abierto sobre un chaleco de encaje, y cuello ancho.

V. *Traje* de terciopelo negro, revés azul; túnica redondeada delante; chaquetilla ancha sobre chaleco de faille blanco con cuello; botoncitos de azabache en el chaleco.

CRÓNICA DE LA MODA

En todo tiempo, los hombres, y sobre todo las mujeres, han empleado las alhajas para embellecerse, pues, como ha dicho Pedro Calmettes, si la coquetería no tiene historia es porque es eterna y forma parte integrante de la historia de la humanidad.

En Egipto, en Grecia, en Fenicia y en Roma, el oro y la pedrería fueron profusamente empleados en alhajas de todas clases. Prescindiendo de estas joyas y de las de la Edad Media, en tiempo de Luis XIV, de Luis XV y de Luis XVI, la variedad, originalidad y delicadeza superaron a cuanto podía imaginarse; el estilo amplio del primero, el rebuscado del segundo, y el sencillo y depurado del tercero, no tardaron en seguir las extravagancias egipcias del Imperio, y luego, bajo la Restauración, las reminiscencias altamente pomposas de los estilos precedentes. Durante el reinado de Luis Felipe, la joyería se aburguesó con lazos y dijes que eran horribles plagios del Luis XV y Luis XVI, y durante el Segundo Imperio los joyeros copiaron alhajas egipcias, inglesas, moriscas y neogriegas, sin acertar a seguir el camino trillado por falta de imaginación.



6 a 8.—Lencería para niñas

Luciano Falize fué el primero que, en 1875, se impuso la ingrata tarea de regenerar su arte. Limitado a copiar en casa de su padre, y después de haber recorrido los diversos museos de Europa, se decidió a crear algo nuevo, abandonando el procedimiento de ejecución de las alhajas por medio de una

indistintamente flores, pájaros, insectos, animales y figuras humanas cuidadosamente elegidas. El verdadero apóstol del arte nuevo fué Renato Lalique, que revolucionó la joyería creando modelos personales y originales universalmente conocidos hoy; la síntesis de su pensamiento fué la asociación estrecha del arte de la bisutería con el de la joyería, dos artes cuya técnica difiere esencialmente, pues el primero sólo se ocupa en la fabricación de objetos de oro o plata, cincelados, repujados o simplemente estampados, mientras el segundo prepara placas de plata o platino, las hace calados y las cuaja de piedras sostenidas por garras invisibles; la montura de las joyas se reduce a un soporte de piedras preciosas, consistiendo el talento del obrero en disimular lo más posible ese soporte; en bisutería, por el contrario, el mérito está en el dibujo, el grabado o la escultura de los metales empleados en su ejecución.

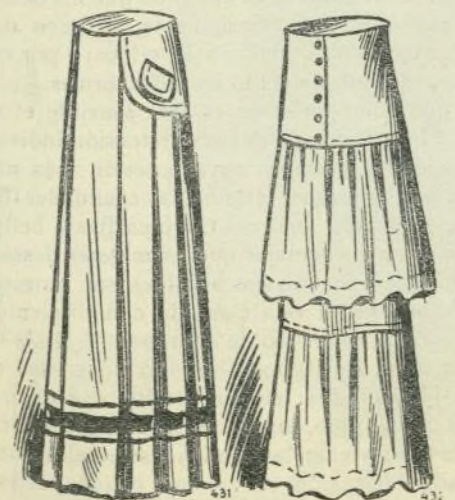
Los modelos de Lalique eran tan originales que ningún fabricante se decidió a comprarlos, teniendo que decidirse Lalique mismo a montar talleres para



9 y 10.—Abrigos de viaje

heteroclita amalgama de varios estilos, y dando a sus obras un carácter bien definido. Para ello, inspirándose en las sanas tradiciones del arte, tomó sus modelos de la Naturaleza misma, de las flores especialmente, con las que compuso pulseras y aderezos cincelados en oro sobre fondos esmaltados, decorados con flores esculpidas en marfil. Massin, por su parte, realizó un progreso semejante en pedrería, y la Exposición de 1878 fué la consagración del nuevo estilo.

Harto de copiar los dibujos rectos, pesados y regulares de la época de Luis Felipe y del Segundo Imperio, Massin imaginó montar los diamantes en formas delicadas de flores o plantas de contornos decorativos, procurando salvar las dificultades técnicas de la ejecución, y llegando a producir esas joyas de asombrosa delicadeza y de apariencia tan frágil, que sus detractores, para desacreditarlas, no dejaron de afirmar que se romperían al primer uso, lo que no fué obstáculo para que triunfaran en el mercado. Aquellas flores fueron el prototipo de un género nuevo creado por Duval y Le Turce, en cuyos talleres las flores fueron escrupulosamente reproducidas con



14 y 15.—Faldas novedad

sus formas y sus colores en oro, esmalte y piedras variadas. Algunas orquídeas salidas de sus talleres son verdaderas obras maestras de ejecución.

Sin embargo, como estos modelos, lo mismo que los de Massin, sólo se inspiraban en las flores, no fueron sino precursores del *modern style*, que copia



13.—Traje elegante

su ejecución; en el salón de 1895, donde hizo su primera exposición, fueron todavía más los detractores que los admiradores; pero al fin se abrió paso el nuevo estilo, y por la moda y por el amor a lo bello hoy es aceptado por todo el mundo. El mal está en que Lalique, como todo innovador, tiene multitud de imitadores y de plagiarios que, exagerando los defectos de sus obras, las desacreditan por lo poco práctico de su empleo.

Para adornar a la mujer se necesitan joyas que atraigan las miradas a los puntos elegidos por su coquetería, pero que sólo sean elementos decorativos de la belleza de la mujer. Las nuevas desaparecen en el conjunto del adorno femenino, sin llenar esa misión atractiva que la coquetería mujeril les ha asignado; de ahí la necesidad de evolucionar y las nuevas creaciones de Descomps, Follot, Falguière, Rivaud, Point, Carabin, Lothe, Yencesse, Thesmar, Belville, Jacquin y Bécquer, compuestas todas y ejecutadas con arreglo a las más diversas técnicas, que han roto con todos los rutinarios, abriendo a la joyería, como arte, nuevos y vastos horizontes que la prometen brillantísimo y glorioso porvenir.

En la historia, en la poesía, en la leyenda, el adorno imprescindible del bello sexo son las alhajas.

CONSEJOS ÚTILES

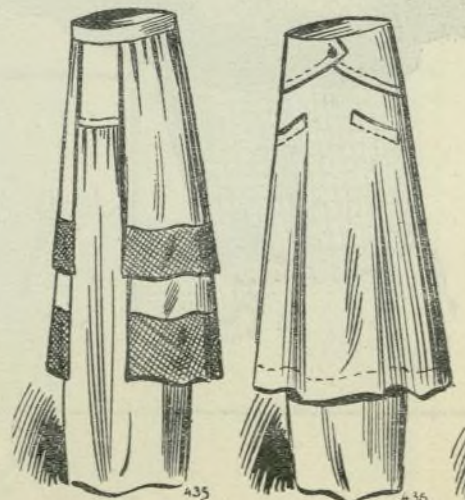
La neurastenia — dice el doctor Regnault — es la enfermedad de moda, aunque sólo tiene de nuevo el nombre; el siglo XVIII ha conocido los vapores, el XVII el mal de amor y los enfer-



11 y 12.—Chaquetas largas

mos imaginarios, y en la Edad Media, los señores nerviosos atribuyendo sus insomnios al coacarle de las ranas, hacían azotar por los villanos el agua de los fosos de sus castillos; nunca, sin embargo, ha hecho la neurosis tantas víctimas como en nuestra época, por ser el resultado de todas las fatigas y de todos los excesos intelectuales, físicos y orgánicos.

El neurasténico pasa por una verdadera odisea: consulta a todos los médicos, ensaya los remedios más contradictorios, los toma sin método ni persistencia, y sólo consigue empeorar su estado. Le ordenan como tónico un vaso de Burdeos con quina, cola y coca, y después de una excitación pasajera, siente mayor depresión; para vencerla toma Burdeos a todo pasto, y no tarda en sentir los síntomas del alcoholismo, temblores, pútitas y pesadillas. Le prescriben un régimen fortificante, y se traga grandes tazones de chocolate, bistecs succulentos, huevos a docenas, legumbres, sopas substanciosas y dos litros de leche como bebida, y luego se sorprende de hacerse dispeptico. Le aconsejan distracciones, y se pasa las noches en los cafés y en los teatros, cayendo en la más negra melancolía, porque no hay nada más aburrido que querer siempre divertirse. Le prescriben ejercicios, y pasa de la gimnasia sueca al trapecio, a la equitación, a la bicicleta, al canotaje, etc., hasta agotarse completamente. Si la enfermedad es grave y le someten al reposo, no se atreverá a moverse, aunque una vez recobradas las fuerzas el ejercicio le sea útil. Y es que el neurasténico es excesivo en todo, y la diplomacia del médico se gasta en pretender moderarle.



16 y 17.—Faldas novedad

El doctor Regnault, a pesar de tantos remedios y de la dificultad de su aplicación, preconiza uno nuevo: la carrera. En 1890 hizo un viaje a la India, y le llamó la atención el modo de correr que tienen los indios y, sobre todo, los cingaleses, que corren enganchados como caballos a unos vehículos ligeros durante horas enteras sin sentirse fatigados; de vuelta a Europa supo que el comandante Raül practicaba un método



18 y 19.—Trajes de visita

para enseñar a correr sin fatigarse, y vió que era el mismo de los cingaleses y el de todos los corredores. Sorprendido por estos hechos, Regnault emprendió su estudio científico, y de ahí sus conclusiones.

La marcha varía con la edad, el sexo, el carácter y la profesión. El ciudadano, sobre todo, no anda como el aldeano: el primero practica la marcha de extensión y el segundo la de flexión, por el medio en que viven; el uno extiende la pierna y el otro la dobla; para una carrera corta de 100 a 800 metros, la marcha en extensión es preferible; para una carrera de varios kilómetros se impone la marcha en flexión. Esta marcha es la que debe utilizarse para la curación de la neurastenia.

El neurasténico va al campo de carreras, vasto jardín alejado del ruido y del aire corrompido de la ciudad; al principio desconfía, pero la vista de otros enfermos corredores le tranquiliza, y se confía al médico que le da la primera lección. Para impedir que la espalda se encorve y la cabeza se doble hacia adelante, el corredor coge una varita, que sostiene con las dos manos a la altura de los senos, con los codos doblados para atrás; así se bombea el pecho, y pueden hacerse dos o tres profundas inspiraciones por minuto para oxigenar la sangre. Luego parte con las rodillas dobladas, levantando los pies muy poco, lo estrictamente necesario para evitar las asperezas del suelo, con lo cual economiza los esfuerzos que tiene que hacer

el corredor en extensión para levantarse varios centímetros del suelo. Los primeros pasos son cortos, de 35 centímetros, y la cadencia lenta, de 120 a 130 por minuto; poco a poco, sin darse uno cuenta de ello, se llega a 160 a los diez minutos, y a los veinte se dan de 180 a 200 pasos por minuto, y la distancia pasa de 35 centímetros a 50, a 80 y a un metro. Al principio el enfermo va demasiado aprisa: confía demasiado en sus fuerzas, se entusiasma y se sofoca. Por eso es necesaria la presencia del médico durante algunas semanas, para dosificar la carrera: las primeras lecciones son de siete a diez minutos como máximo; luego se aumentan gradualmente, cuidando de disminuirlas en cuanto se note fatiga.

El mejor graduador del ejercicio es el pulso: si es débil, blanco, en hipotensión, hay que tener cuidado, y durante dos o tres semanas no puede pasar el enfermo de veinte a treinta minutos; sólo cuando recobre fuerzas puede aumentarse la dosis; si es fuerte, vibrante, en hipertensión, se le pueden prescribir cuarenta y cinco a sesenta minutos de ejercicio, pasados los primeros días. En todo caso hay que estar atentos a los más fútiles pormenores. Los neurópatas suelen tener seca la piel; para que suden, conviene que beban uno o dos vasos de agua a sorbitos antes de la carrera; si se trata de un obeso, se le debe abrigar bien y hacerle tomar antes de correr bebidas calientes; si es un flaco, la carrera le excitará el apetito y no tardará en robustecerse; los que inspiran débilmente deben acompañar las inspiraciones con grandes movimientos de los brazos como cuando se bosteza. La hidroterapia, por otra parte, es un excelente auxiliar de estos ejercicios.

Lo difícil no es el recetar, sino que el enfermo ejecute fielmente lo que se le prescribe. Para lograrlo hay a veces que recurrir a mil astucias, que obran sobre la imaginación del enfermo, disfrazando la naturaleza del remedio; así el doctor Gruby, una celebridad parisiense, aconsejaba a sus enfermos que se levantaran a las cinco de la mañana para bajar y subir a recular la escalera de su casa, técnica excelente para evitar las pesadillas de la mañana; otras veces prescribía ir a una finca de los alrededores de París, cavar allí durante dos o tres horas, y volver a llenar el foso que se había abierto con la tierra de él sacada; otras mandaba que se cogiera un adoquín de la calle y se recorrieran con él en la mano tales o cuales calles y plazas; a una actriz del Teatro Francés la mandó levantarse todos los días a las cinco, ir al mercado, comprar dos pucheros, volver a casa y en dos hornillas de dos habitaciones distintas preparar dos caldos; la actriz iba de uno a otro puchero, espumándolos y cuidándolos, y cuando estaban listos, a las ocho, llegaba una hermanita de los pobres y se los llevaba. Pero para estas recetas se necesita la salvaguardia de la celebridad.

PSICOLOGÍA DE LA VANIDAD

La vanidad—ha dicho Camilo Melinand—es un exceso y una desviación del amor propio. Pero ¿qué es el amor propio? El amor propio es el deseo de la alabanza y la aversión a la crítica; es decir, el deseo de que se forme de nosotros buena opinión. Ahora bien, ¿por qué queremos que los demás formen de nosotros buena opinión? Porque, acostumbrados a nosotros mismos, nos gusta que al compararnos con los demás resultemos favorecidos: si alguien nos elogia, nos es más fácil elogiarnos a nosotros mismos; si se nos censura, ya no podemos alabarnos, y esto nos contraría. En resumen: el amor propio es ante todo el deseo de tener una buena opinión de sí mismo; por consiguiente, el deseo de que los demás la tengan también; por consiguiente, el deseo de los cumplimientos y el miedo a la crítica; y por consiguiente, el deseo del éxito en todas formas.

¿A qué cumplimientos es más sensible el amor propio? Prescindiendo de toda pretensión individual, las cualidades humanas cuya posesión más nos lisonjea son, en primer término, las cualidades físicas: fuerza, elegancia, belleza. Claro es que la belleza y la gracia son las ventajas que las mujeres desean sobre todo; pero los mismos hombres son extremadamente sensibles a esta clase de cumplimientos; en teoría no se hace caso de ellos, pero de hecho todos los saborean. En segundo término vienen las cualidades intelectuales: ningún hombre oye decir fríamente que es fino, espiritual, sagaz o profundo. En tercera línea vienen las cualidades morales: justicia, bondad, abnegación, etc.; y, cosa extraña: estas cualidades, que teóricamente son las más estimables, no son de hecho las que más nos lisonjea tener, y una censura en este respecto nos es desagradable, pero no nos perturba. En último término se coloca una cualidad intelectual que, con razón o sin ella, separamos siempre de las demás: la memoria. «Todo el mundo se queja de su memoria», ha dicho finamente La Rochefoucauld.

En esta clasificación se verifica un hecho curioso: no nos atrevemos a hablar de nuestro rostro ni de



Gaston DROUET, Editeur Paris

EL SALON DE LA MODA

Reproduction Prohibida

Montaner y Simon Editores Barcelona.

XXIX - 809

ESTREÑIMIENTO SUPOSITORIOS CHAUMEL

para Adultos, y para Niños.
Infalibles; efecto producido en media hora.
FUMOZE - PARIS, y en todas las Farmacias del Globo

Ayuntamiento de Madrid



La "CRÈME SIMON", Es un producto maravilloso para el cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo a la "Crème Simon".



nuestro talento, y hablamos sin dificultad de nuestro corazón y de nuestra memoria. Cualquiera dice, «tengo buena memoria», y a nadie le choca; «no soy malo», se dice también fácilmente; pero «no soy torpe», es algo más duro, y «no soy feo» es completamente ridículo. ¿Por qué nos avergüenza hablar de ciertas ventajas? Pues precisamente porque nos importan más que ninguna otra, y por eso no podemos hablar de ellas con calma; nuestro amor propio se interesa en ello, y, aunque no nos falta la gana, nos falta el valor.

La vanidad es la exageración del amor propio. Su primer síntoma es el exceso de alegría causado por la alabanza: el cumplimiento le pone radiante, expansivo y locuaz, como la censura le agria y ensombrece. El segundo síntoma es el esfuerzo perpetuo para recabar alabanzas a toda costa, llevando siempre la conversación sobre sí mismo, y hasta diciendo mal de sí por falsa modestia, para provocar el elogio. También se le reconoce en la fatuidad: a fuerza de buscar alabanzas, cree en ellas. Otro rasgo frecuente es el de ser jactancioso: cuando el elogio no viene, el vanidoso se lo adjudica él mismo, aunque para esto es preciso ser torpe. Por último, el vanidoso, comprendiendo que no se obtienen fácilmente elogios por virtudes reales y profundas, suele colocar mal su vanidad en el traje, en una condecoración, en un título, en sus relaciones, en su modo de bailar, en sus hazañas de caza, etc.

Como se ve, la vanidad es la depravación del amor propio, y se distingue esencialmente del orgullo, pues se puede desear un elogio y gozar con él, sin admirarse por eso a sí mismo. Hay mujeres que se sienten encantadas con una lisonja, sin poderse enorgullecer de ella, sabiendo que no la merecen. Por lo demás, la vanidad reviste mil formas. Las variedades más importantes de la vanidad física son la *coquetería*, o vanidad del adorno, y la *pose*, o vanidad de las maneras: la coquetería es una mentira con la que se pretende reemplazar una persona real con una ficticia, y en la *pose* hay el deseo de no pasar desapercibido, tomando para ello un modo de hablar, de andar, etc., particular, que llame la atención. En cuanto a vanidades intelectuales, la más común es la del «hombre ingenioso», que anda siempre en busca de rasgos de ingenio y frases oportunas; otra es la pedantería, que comprende a esas personas a quienes se les resiste decir «tengo constipado», «padezco un coriza»; otra es la vanidad literaria, muy extendida entre ciertas gentes, que no están a gusto ni se bordan la carta más sencilla, pretendiendo hacer de ella un documento inmortal. La vanidad de las relaciones es el último recurso de los vanidosos: hay que oírles decir, con aire descuidado: «Ayer estuve con el marqués de Tal». La vanidad de las condecoraciones es muy interesante, como lo es la vanidad de los principiantes y la profesional.

La vanidad es un error más que un vicio; es hasta compatible con el mérito, pero lo rebaja y lo compromete. Causa de decadencia moral, lo es también de decadencia intelectual o estética. Por eso debe procurarse preservar al niño de la vanidad, cosa facilísima, porque el niño no suele de por sí ser vanidoso, sino que le hace serlo la costumbre de oír elogios.

PENSAMIENTOS

Si por quejarse se quitara el mal, bueno fuera el remedio; mas no lo es sino el sufrimiento; y malecillos de poca importancia, no llevarlos en pie, es querer matar a todos con ellos.

Mirar y atender a los que padecieron males grandes sin remedio, consuelo ni socorro, disminuye el amor propio y alienta al padecer y a sufrir.

ALEJO DE BOXADÓS Y DE LLULL

Para la perdición hay muchos médicos y pocos remedios.

P. GRACIÁN

Los males crónicos no pueden curarse más que con remedios fuertes.

SETANTÍ

El despreciador casi siempre es más vil que el despreciado.

TOMMASCO



20 a 22.—Trajes de visita

ANTE LA VIDA

Enfrente de la Vida ruda y feroz se hallaban dos hombres desengañados.

—¿Qué esperáis de mí?, les preguntó.

Y uno de ellos habló, con voz cansada:

—La crueldad de tus contradicciones me parecía irritante; mi espíritu se esfuerza en vano por penetrar el sentido de la existencia, y mi alma está invadida por las tinieblas de la incertidumbre. Mi razón

me dice, sin embargo, que el hombre es el ser más perfecto de la creación...

—¿Qué me reclamas?, interrumpió la Vida impasible.

—Quiero algo de felicidad. Y para ello es preciso que concilies los dos principios opuestos que se reparten mi alma, y que pongas de acuerdo mi «quiero» con tu «debes».

—No tienes más que desear únicamente lo que debes hacer por mí—respondió duramente la Vida.



Fig. 23.—Capa con chaqueta última novedad, a propósito para señoritas de 13 a 17 años, recomendando un género liso para su confección por ser de mucho mejor efecto.

—No, yo no puedo desear ser tu víctima. Yo, que quisiera dominarte, estoy condenado a vivir bajo el yugo de tus leyes. ¿Por qué?...

—Hablad con menos énfasis—dijo el que estaba más cerca de la Vida.

Pero, sin atenderle, el otro prosiguió:

—Quiero tener el derecho de vivir en armonía con mis aspiraciones. No quiero ser ni el hermano ni el esclavo de mi prójimo por deber; seré su hermano o su esclavo a mi gusto, sin obedecer más que a mi sola voluntad. No quiero que la sociedad disponga de mí como de una piedra inerte que ayuda a edificar las prisiones de su dicha. Soy hombre, soy alma, soy espíritu, y debo ser libre.

—Detente, dijo la Vida con fría sonrisa. Has hablado mucho, y todo lo que pudieras añadir lo sé de antemano. ¿Pides tu libertad? ¿Y por qué no la ganas? ¡Entabla conmigo la lucha! ¡Sé victorioso! Conviértete en mi amo, y yo seré tu esclava. Bien sabes con qué placidez me someto siempre a los vencedores. Pero hay que vencer. ¿Te sientes capaz de combatir conmigo para emanciparte de tu esclavitud? ¿Estás seguro de triunfar de mí? ¿Tienes con fianza en tu fuerza?

Y el hombre respondió con aire desalentado:

—Me has arrastrado a un conflicto interior con mi propio yo; has aguzado mi entendimiento, que, semejante al corte de una hoja de acero, se hunde en lo más profundo de mi ser, martirizándome.

—Pues hablada con más atrevimiento y no os quejéis, dijo el compañero, interviniendo.

Pero el hombre continuaba:

—Concédame una tregua tu tiranía. ¡Oh!, ¡déjame gustar la dicha!...

La Vida tuvo una nueva sonrisa, semejante al brillo frío de los hielos.

—Dime, le preguntó: al dirigirte a mí, ¿exiges o pides favor?

—Pido favor, respondió el hombre como un eco.

—Imploras como mendigo de profesión; pero sábelo, pobre hombre: la Vida no dispensa limosnas. Y luego acuérdate de que un ser libre, sin pedir nada, se apodera por sí mismo de mis dones... Tú no eres más que el esclavo de mi voluntad. Sólo es li-

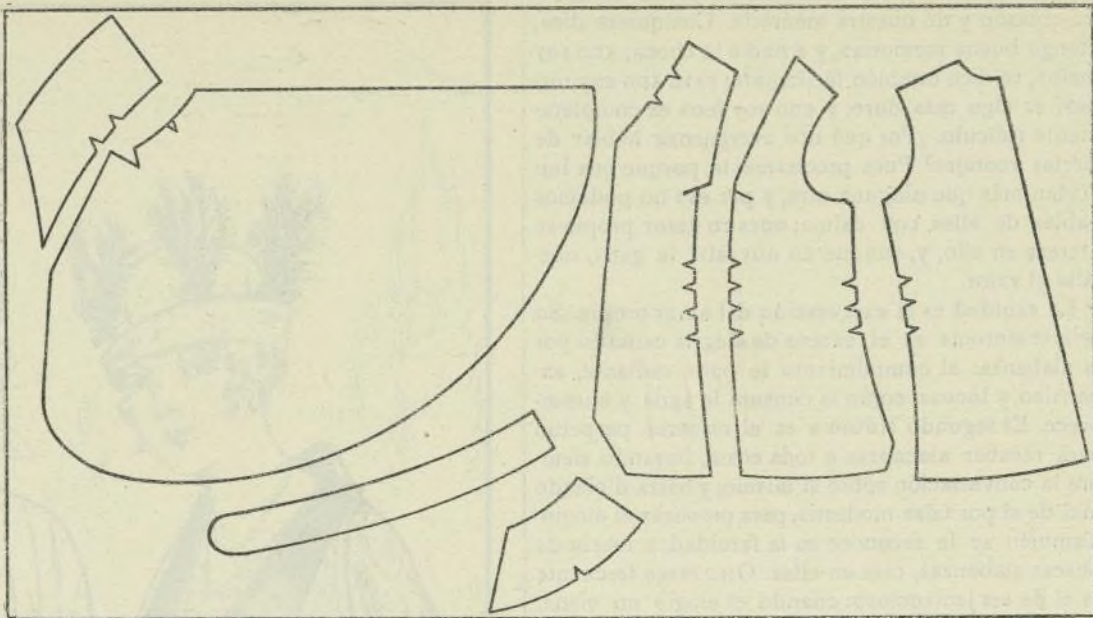


Fig. 24.—Patrones de la capa

bre el que sabe renunciar a todos los deseos para consagrarse enteramente a un fin elegido. ¿Me has comprendido?... Y ahora, ¡vete!

El hombre había comprendido, y se extendió como un perro dócil a los pies de la Vida, para recoger humildemente las migajas de su festín.

Entonces la mirada turbia de la Vida feroz se dirigió hacia el que todavía no había hablado, y cuyas pesadas facciones parecían llenas de bondad.

—¿Qué vienes a solicitar?, le dijo.

—Yo no solicito: exijo.

—Pero ¿qué?

—¿Dónde está la Justicia? Dámela. Yo sabré tomar en seguida todo...; por ahora no reivindico más que la Justicia. He esperado mucho tiempo, pacientemente sufriendo en la noche sin descanso. He esperado... Pero ha llegado la hora. ¿Dónde está la Justicia?

—Tómala, respondió la Vida, impasible.

GORKI.

OLIVERIO SWIST

NOVELA DE CARLOS DICKENS

CAPITULO PRIMERO

Entre los diversos monumentos públicos que hacen el orgullo de una ciudad, cuyo nombre callaré por prudencia, y a la cual no quiero dar un título imaginario, hay uno común a la mayor parte de las ciudades, ya sean grandes o pequeñas: éste es el hospicio o asilo de mendicidad. Cierta día de que no es preciso recordar la fecha, tanto más cuanto que ninguna importancia tiene para el lector, nació en dicho establecimiento el pequeño mortal cuyo nombre encabeza esta novela.

Mucho después que el cirujano de los pobres de la parroquia le hubo introducido en este mundo miserable, dudábase aún si el pobre niño viviría bastante para llevar un nombre cualquiera; si hubiese sucumbido, es más que probable que yo no hubiera publicado estas memorias, o que en caso de hacerlo, sólo contuvieran algunas breves páginas sin más mérito que el de hacer la biografía más concisa y exacta de cuantas se hayan dado a luz hasta aquí en país alguno.

Aun cuando no me halle dispuesto a sostener que para el hombre sea un favor extraordinario de la fortuna el nacer en un asilo de mendicidad, debo sin embargo decir que en el lance de que hablamos era lo mejor que podía suceder a Oliverio Twist. Lo cierto es que costó mucho trabajo decidir a que llenase sus funciones respiratorias, ejercicio penoso, pero que la costumbre ha hecho necesario para el bienestar de nuestra existencia.

Durante algún tiempo permaneció tendido sobre

un miserable colchón, haciendo esfuerzos para respirar, balanceando, por decirlo así, entre la vida y la muerte, e inclinándose más hacia esta última.

Si en aquellos críticos momentos se hubiese visto Oliverio rodeado de solícitas abuelas, inquietas tías, nodrizas experimentadas y sabios médicos, hubiera perecido infaliblemente en pocos instantes: pero allí no había nadie sino una pobre anciana medio embriagada por el abuso de la cerveza y un cirujano pagado por el establecimiento; por lo cual el niño y la naturaleza pudieron luchar solos. El resultado fué que después de algunos esfuerzos Oliverio comenzó a respirar, estornudó, y dió aviso a los habitantes del hospicio de la nueva carga que iba a pesar sobre la parroquia, lanzando un grito tan agudo como podía esperarse de un niño que sólo hacía tres minutos y medio estaba en posesión de ese don tan útil, que se llama la voz.

En el momento que Oliverio daba esta primera prueba de la fuerza y libertad de sus pulmones, la remendada colcha que cubría la cama de hierro se agitó suavemente; el pálido semblante de una mujer se alzó con trabajo sobre la almohada, y una voz débil articuló con dificultad estas palabras:

—¡Dejadme ver a mi hijo antes de morir!

Al oír la voz de aquella mujer, el cirujano que estaba sentado, calentándose las manos, se levantó, y aproximándose a la cama dijo, con más dulzura de la que podía esperarse en un hombre de su profesión:

—¡Oh!, no es cosa de que penséis ahora en morir.

—¡Oh!, no; Dios bendiga a esa pobre mujer, dijo la enfermera, escondiendo apresuradamente en su bolsillo una botella, cuyo contenido acababa de apurar con evidente satisfacción; cuando haya vivido tanto tiempo como yo, y como yo tenido trece hijos, de los cuales sólo viven dos, que están conmigo en el establecimiento, ya pensará de otro modo.

—¡Vamos!; pensad en la felicidad de ser madre con ese angelito!

Pero aquella perspectiva consoladora de felicidad maternal no debió sin duda producir mucho efecto en la enferma, pues sacudió tristemente la cabeza y extendió sus manos hacia el niño, que fué depositado en sus brazos por el cirujano.

Entonces la mujer aplicó con ternura sus fríos y pálidos labios sobre la frente del niño; pasóse luego una mano por el semblante, miró a su alrededor con extraviados ojos, agitóse con un estremecimiento general, y cayendo pesadamente en su lecho exhaló el último suspiro.

El cirujano le frotó entonces el pecho, las manos y las sienes; pero la sangre se había helado para siempre: hablábanla de esperanza y de socorro; pero había carecido de éste tanto tiempo, que ya llegaba demasiado tarde.

—Todo se acabó, señora Thingmuy, dijo al fin el cirujano.

—¡Ah!, pobre mujer; demasiado cierto es, repuso la enfermera, recogiendo el tapón de la botella que había dejado caer sobre la cama al bajarse para coger al niño; ¡pobre mujer!

—Es inútil enviarme a buscar si el niño grita, dijo el cirujano con aire deliberado; pero como es probable que no esté muy tranquilo, le daréis un poco de papilla para calmarle.

Así diciendo, el cirujano se puso el sombrero, dirigióse hacia la puerta, y deteniéndose un momento delante de la cama antes de salir, añadió:

—A fe que era una mujer hermosa: ¿de dónde la han traído?

—La condujeron aquí ayer tarde por orden del inspector, replicó la enfermera; según parece, fué encontrada tendida sin movimiento en medio de la calle, y debía haber andado mucho, porque sus zapatos estaban destrozados; pero nadie sabe de dónde venía ni adónde iba.

El cirujano se inclinó sobre el cadáver, y alzando la mano izquierda de la difunta, murmuró encogiéndose de hombros:

—Siempre la misma historia; no está casada... Vaya, buenas tardes.

El cirujano se fué a comer, y la enfermera, después de acercar una vez más la botella a sus labios, se sentó en una silla baja, delante del fuego, y comenzó a vestir al niño.

¡Qué ejemplo tan admirable de la influencia del traje ofreció entonces el pequeño Oliverio! Envuelto en la cubierta que hasta entonces era su único vestido, tanto podía ser hijo de un gran señor como de un mendigo; y al hombre más experto le hubiera sido sumamente difícil asignarle un rango en la sociedad. Pero cuando la raída blusa amarillenta, destinada para este uso, cubrió el cuerpo del niño, y cuando se le hubo rotulado y numerado convenientemente, entonces pudo ya clasificársele sin vacilar: aquél era hijo de la parroquia, el huérfano del hospicio, el ser miserable, en fin, destinado a los golpes y malos tratamientos, y a ser despreciado por todo el mundo, sin excitar la compasión de nadie.

Oliverio gritaba con toda su fuerza: si hubiese sabido que era un huérfano abandonado a la tierna compasión de los bedeles e inspectores, es probable que hubiera gritado mucho más.

CAPITULO II

Durante los ocho o diez meses que siguieron a la escena que acabo de referir, Oliverio Twist fué víctima de continuos engaños por carecer de nodriza y haber tenido necesidad de alimentarse con el biberón. Las autoridades del hospicio se apresuraron a poner en conocimiento de las de la parroquia que el estado del hambriento huérfano era grave, y entonces estas últimas se informaron con solicitud de si habría en el establecimiento alguna mujer que pudiera encargarse del niño para darle cuanto necesitase. La respuesta fué negativa, y en consecuencia las autoridades parroquiales, movidas por un exceso de magnánima compasión, tuvieron la humanidad de resolver que se llevase a Oliverio a una sucursal situada a tres millas de distancia, en la que, veinte o treinta pequeños, contravinieron a la ley de los pobres, pasaban el día arrastrándose por el suelo bajo la vigilancia maternal de una anciana, que recibía a los delincuentes a razón de siete peniques (1) semanales por individuo. Ahora bien; siete peniques componen una cantidad muy suficiente para el alimento de un niño; por esta suma se pueden en verdad comprar muchas cosas para llenarle el estómago y hasta alentar su salud; pero a pesar de esto, aun no se había dado el caso de que comieran demasiado ni de que les sobrase ropa con que cubrir su cuerpo. Aquella anciana, dotada de sabiduría y experiencia, sabía lo que era más conveniente para sus ahijados y para sí misma, y en consecuencia reservaba para sí la mayor parte del socorro alimenticio, reduciendo a sus pequeños pupilos a un régimen más exiguo que el que se administraba en la casa de asilo donde había nacido Oliverio. La buena mujer evitaba prudentemente los límites extremos de la economía, mostrándose filósofa consumada en la práctica experimental de la vida.

Todo el mundo conoce la historia de aquel otro filósofo que imaginó una magnífica teoría para hacer vivir a un caballo sin comer, habiéndola aplicado

tan bien, que redujo poco a poco la ración del cuadrúpedo a una sola paja. Es indudable que por este medio, el caballo hubiera llegado a ser más ágil y ligero que el viento; pero es el caso que se murió precisamente veinticuatro horas antes del día en que iba a recibir por primera vez una doble ración de aire puro.

Por desgracia para la filosofía experimental de la anciana encargada de cuidar a Oliverio, este resultado era con mucha frecuencia la consecuencia natural de su sistema. Justamente en el momento que un niño estaba a punto de llegar a mantenerse con la más pequeña porción de su mísero alimento, sucedía de cada diez veces ocho, que caía enfermo de hambre y de frío, o bien se ahogaba por casualidad, o se abrasaba por un descuido; resultado de esto que aquel desgraciado ser partía para el otro mundo, donde iba sin duda a encontrar los padres que no llegara a conocer en éste.

Algunas veces practicábase una requisitoria más escrupulosa que de costumbre con motivo de la desgraciada muerte de un niño; entonces el jurado acordaba hacer algunas averiguaciones por demás enojosas, o bien los vecinos tenían la audacia de firmar una reclamación; pero estas impertinencias eran reprimidas bien pronto por el informe del cirujano y el testimonio del bedel. El primero declaraba que había hecho la autopsia, sin encontrar absolutamente nada, lo que era en efecto muy probable; y el segundo juraba siempre conforme con el espíritu de las autoridades parroquiales, que era todo cuanto se le podía pedir. Además de todo esto, la comisión administrativa hacía excursiones periódicas a la sucursal, teniendo siempre cuidado de enviar la víspera al bedel para anunciar la visita de inspección. Al llegar aquellos señores encontraban siempre a los niños muy limpios y bien cuidados: ¿qué más se podía exigir?

Bien puede comprenderse sin embargo que este sistema de educación no era el más a propósito para dar a los niños mucha fuerza y robustez; así es que el día en que Oliverio cumplió nueve años, era un niño pálido y raquítico, de pequeña estatura, y sumamente escuálido.

Pero debía a la naturaleza o a sus padres una inteligencia clara y despejada, que pudo desarrollarse fácilmente sin ser entorpecida por la materia, gracias al régimen de privaciones establecido, y a esto tal vez debía el haber llegado al noveno aniversario de su nacimiento. Como quiera que sea, hallábase el día de su cumpleaños metido en la carbonera con dos compañeros suyos, quienes después de compartir con él una lluvia de golpes, habían sido allí encerrados por haber tenido la audacia de quejarse de hambre.

De pronto, la señora Mann, éste era el nombre de la excelente directora de la casa, quedó sorprendida ante la imprevista aparición del bedel, señor Bumble, que trataba de abrir la puerta del jardín.

—¡Bondad divina! ¿Sois vos, señor Bumble?, dijo la señora Mann, sacando la cabeza por la ventana y fingiendo una grande alegría. Susana, añadió en voz baja, haced subir a Oliverio con los otros dos niños, y limpiadlos pronto. ¡Dios mío, qué placer siento al veros, señor Bumble!

Pero Bumble, que era un señor grueso y de carácter irritable, en vez de corresponder cortésmente a la afectuosa acogida, empezó a sacudir con furia el picaporte y descargó en la puerta una tremenda patada.

—¡Cómo!, ¿es posible que esté cerrado?, exclamó la señora Mann, corriendo hacia la puerta, después de haber dado tiempo para que pusieran a los niños en libertad; no sé en qué pienso: todo se me olvida por causa de estos queridos niños. Entrad, caballero Bumble, entrad, yo os lo ruego.

Por más que esta invitación fuera hecha con una solicitud capaz de ablandar el corazón más duro, no pareció conmover en manera alguna al bedel.

—¡Os parece respetuoso y conveniente, señora Mann, preguntó Bumble con aspecto airado y oprimiendo con fuerza el puño de su bastón, el hacer esperar a los funcionarios de la parroquia a la puerta de vuestro jardín, cuando vienen a llenar sus funciones y a visitar los niños! ¿Ovidáis, señora, que sois, por decirlo así, la delegada de la parroquia y que se os paga por ella?

—¡Oh!, no, señor Bumble, contestó con humildad

la señora Mann; advertid que había ido a buscar a dos de esos niños, que os quieren tanto, para decirles que estabais aquí.

El señor Bumble, que tenía una alta idea de sus dotes oratorias y de su importancia, pareció calmarse y añadió:

—Está bien, está bien, señora Mann; es muy posible que así sea; entremos, señora Mann; vengo a tratar de negocios y necesito hablaros.

(Continuará.)

CRÓNICA DE TEATROS

BARCELONA. — GRAN TEATRO DEL LICEO. — La ópera *Marina*, de Arrieta, ha atraído a nuestro gran teatro mayor concurrencia que *Parsifal*, y por tanto se han dado de aquella varias representaciones. Como supondrán ya los lectores, débese este éxito empresarialístico a que la epidemia se ha cebado en las familias que frecuentan el Liceo, y que, por haberse reducido los precios en los pisos altos, han podido llenar aquéllos las clases populares. *Tannhauser*, de Wágner, logró animar la platea y los palcos algo más, ya por haber decrecido la epidemia tífica, ya porque en esta temporada se ha procurado por todos los medios cuidar que la presentación escénica fuese esmeradísima, y los directores artísticos señores Creus, Moragas y Ragni no se han dado punto de reposo en la preparación de todos los detalles que contribuyen a la mayor propiedad en la representación. Añádase que han cantado *Tannhauser* las señoritas Raccanelli y Callao y los señores Viñas, Bonini y Bettoni, y por tanto no podían dejar de ir al teatro todos los verdaderos aficionados a la buena música, que en Barcelona forman legión.

PRINCIPAL. — El martes 22 debutó con *Magda*, de Hermann Sudermann, la notable compañía que dirige la eminente primera actriz Margarita Xirgu, que cuenta especialmente en nuestra ciudad con admiradores entusiastas.

He aquí el personal artístico de la Compañía por orden alfabético:

Actrices: Alvarez Segura, Amparo; Ester, Concepción; López, Amparo; Moreno, Guillermina; Ortiz, Celia; Ríaza, Julia; Rivas, María de las; Sala, Julia; Santolaria, Josefina; Segura, Josefa; Xirgu, Margarita.

Actores: Barraycoa, Francisco, Cabré, Pedro; Fernández, Manuel; Górriz, Federico; Lucio, José; Morales, Vicente; Ordóñez, Julio; Ortín, Miguel; Puga, Ricardo; Puga, Ramón; Rivero, José; Sala, Fernando; Soler, José.

Además de la mentada inaugural, se representarán, entre otras, las reproducciones siguientes:

La gata de Angora, *La comida de las fieras*, *Los buhos*, *La Malquerida* y *Alma triunfante*, de Benavente; *Nena Teruel*, *El nido* y *La reja*, de Serafín y Álvarez Quintero; *Madame Pepita* y *La pasión*, de Gregorio Martínez Sierra; *El yerno de las almas*, de Ramón del Valle Inclán; *Sirenas mudas*, de Ramón Goy de Silva; *La Dama de las Camelias*, de A. Dumas (hijo); *Rosas de todo el año*, de Julio Dantás; *El secreto*, de Enrique Bernstein; *Primerose*, de G. A. de Caillavet y Robert de Flers; y *La Chocolatería*, de Pablo Gavault.

ROMBA. — La Compañía que en este teatro dirigen los señores Teodoro Moreno y Ramón Gatuellas ha estrenado el gracioso vaudeville en tres actos, original de J. P. Fernández Portero, *Las minas de Costa bella*.

RECETAS CULINARIAS

Macarrones a la hamburguesa.

Se cocen los macarrones con bastante sal. En cuanto están cocidos, se ponen a escurrir en un colador. Se fríen en manteca de vacas unos pedacitos de jamón, y en aquella grasa se unen los macarrones, agregándoles tomate frito y unos huevos batidos. Mezclado todo, sin dejar de moverlo, se pone a fuego lento con una tapadera con lumbre encima. Cuando está dorado, puede servirse en la misma fuente o tartera. Para medio kilogramo de macarrones, otro medio de tomate, un cuarterón de jamón, un cuarterón de manteca de vaca y cuatro huevos.

Menudillos de pavo a la casera

Después de bien escaldados y desencallados todos los menudillos, que se limpian bien, se ponen en una cacerola con manteca, un manojo de perejil, cebolla, unos ajos, dos o tres clavos, una ramita de tomillo, dos hojas de laurel, basilica y setas, si las hubiese. Se pone sobre un fuego, ni muy vivo ni muy lento, y cuando se le hayan dado un par de vueltas se echa una cucharada de harina, se moja con substancia de carne o con buen caldo del puchero; se sazona como mejor convenga y se añaden unos nabos, que antes deben rehogarse en una sartén con un poco de manteca hasta que adquieran color dorado. Se le deja cocer una media hora, y si después de esto la salsa estuviese aún demasiado clara, se la deja reducir a fuego lento.

(1) 75 céntimos.

AGUA RADIUM

PARA TEÑIR EL PELO AL MOMENTO. UNA SÓLA APLICACIÓN

La más sencilla, la más rápida, la más eficaz, la más práctica,
la más permanente, la más higiénica de todas las tinturas conocidas.

PROBARLA, ES IGUAL QUE ADOPTARLA

Pídase en establecimientos acreditados. Exíjase el nombre **RADIUM** y el de los inventores CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

ECOS DE LAS MONTAÑAS

por D. JOSÉ ZORRILLA.—ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada
con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto
por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado.—Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.—Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados,
100 pesetas

HISTORIA GENERAL de FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PARA EL CUTIS

TERSHOIL producto asiático para quitar arrugas y pliegues de la piel (patas de gallo) ronchas, escamas, cicatrices, granos, rojeces, puntos negros, etc. Jamás perjudica, a pesar de su actividad. Se remite por correo enviando CINCO pesetas por Giro postal al doctor Joly, de Madrid. Pedir prospectos gratis. De la Argentina, han de remitir tres pesos, moneda nacional; del Uruguay, un peso; de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y resto de América, un dollar en billete americano.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA.—Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada.—Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. Aragón, 255, BARCELONA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

El más activo y económico. el único inalterable.—Exíjase el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, París.




Agua mineral natural TONA ROQUETA

Cura las diferentes manifestaciones del ESCROFULISMO, HERPETISMO y SÍFILIS; los estados morbosos del corazón, riñones é hígado; la cloro-anemia y reumatismo, así como la TISIS y demás afecciones del aparato respiratorio, propias de las fosas nasales, faringe, laringe, bronquios y pulmones.

Se vende en todas las farmacias y establecimientos de aguas minerales.

Los pedidos al por mayor pueden dirigirse á D. JOSÉ ROQUETA, TONA (BARCELONA).



LAS DOS RANAS

Las Fábulas de Esopo

Traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO GELIO, etc., etc.

Precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula y de noticias biográficas de los autores citados, por Eduardo Mier

COLECCIÓN COMPLETADA CON LAS

Fábulas de Gotardo Efraim Lessing

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL ALEMÁN POR

D. Juan Eugenio Hartzenbusch

Lujosa edición en un tomo profusamente ilustrado con grabados intercalados en el texto, láminas aparte y encuadernado en tela.—Su precio 18 pesetas.

Queda un número reducido de ejemplares de la última edición.